

AGENDA CIUDADANA

EL ESTADO INCOMPETENTE

Lorenzo Meyer

La Impotencia del Poder.- La naturaleza de los tiempos indica que en México no transitamos del llamado "Estado obeso" de la época del populismo al "Estado fuerte" planteado en el discurso tecnocrático de los años ochenta, sino al "Estado incompetente", que es el actual.

Un viejo tema de reflexión en sistemas políticos como el nuestro, es el de la impotencia. Lo común era abordarlo desde la perspectiva de la indefensión del ciudadano frente al gobierno, sin embargo, cada día es más claro que hay otra impotencia igualmente dañina: la del gobierno frente a sus circunstancias. En efecto, el aparato gubernamental mexicano simplemente parece no estar hoy en posibilidad de hacer frente a sus obligaciones fundamentales, pues la estructura administrativa moldeada a lo largo de casi 67 años de monopolio del poder, no tiene la capacidad de desempeñarse con el mínimo de eficiencia que justifique su razón de ser.

El Rosario de Desastres.- Sobran ejemplos de la incompetencia gubernamental. Ahí está, para empezar, la abdicación de la autoridad de su obligación de resolver aquí, en nuestro propio país y en nuestros propios términos, el problema planteado por la reciente captura en Nuevo León del famoso narcocontrabandista Juan García Abrego. Ante la magnitud del reto, una presidencia ocupada en sobrevivir, optó por considerar que García Abrego era norteamericano y de inmediato se deshizo de él aplicándole el artículo 33 constitucional y entregándolo a la

justicia del país vecino. Frente a la muy fundada sospecha de que su gobierno no tenía la capacidad para llevar con éxito el proceso a García Abrego, Ernesto Zedillo optó por trasladar el problema a un gobierno más eficiente --el norteamericano-- sin importar que aquí hubiera ya cuatro órdenes de aprehensión dictadas por un juez. Más tardó García Abrego en llegar a Estados Unidos, que en asegurar al FBI que: "tendría mucho gusto en responder a todas y cada una de las preguntas que los agentes [del FBI] le hicieran" (*The New York Times*, 20 de enero).

En un "Estado fuerte" como el que se suponía iban a construir los tecnócratas que arribaron al poder en los años ochenta, y por razones tanto políticas como legales --la justicia y soberanía mexicanas--, las preguntas que el FBI le va a hacer al narcotraficante hubieran sido hechas por mexicanos para luego proceder a destejer la red de narcotráfico que de tantas maneras y por tanto tiempo ha desafiado al gobierno y a la sociedad mexicanas. Pero no, aparentemente la presidencia no confió en que su aparato de seguridad pudiera mantener al *capo* tras las rejas, y optó por el mal menor: poner al criminal en manos de un Estado más efectivo que el mexicano. Pero no se trata de cualquier Estado, sino de aquel que al rescatar en 1995 con un préstamo de miles de millones de dólares a la clase política mexicana de las consecuencias de sus propios errores, ya tiene mucho que decir en materia de conducción de la política mexicana.

El desastre ecológico del Valle de México que hace unos días desembocó en una emergencia ambiental, --una contaminación atmosférica tan alta que por tres días consecutivos estuvo en

vigor la llamada fase I del Plan de Contingencia--, es otro ejemplo de incapacidad e irresponsabilidad gubernamentales. Desde hace por lo menos veinte años, se tenían los instrumentos teóricos y los conocimientos empíricos para saber que el tiempo corría en contra de la viabilidad de la gran urbe mexicana, pues el crecimiento demográfico y las tendencias migratorias internas, aunadas a la concentración industrial y a la mala calidad de combustibles y motores, llevarían a que en algún momento el gran cuenco que es el Valle de México, cerrado a corrientes de aire y falta de agua, se convirtiera en una trampa mortal. Pero el cálculo político de cada presidente y cada regente de la capital, les empujó a diferir la confrontación del problema de fondo, pues resolverlo a tiempo implicaba para ellos muchos costos y poca o nula ganancia. Nadie hizo nada sustantivo al respecto, pues la ganancia individual, inmediata y muy concreta estaba precisamente en autorizar nuevos fraccionamientos o asentamientos, aperturas de fábricas, contratos de obra pública, concesiones de transporte privado, etcétera. Para ese tipo de autoridad no había incentivo en iniciar la descentralización y redistribución de la población, frenar efectivamente la demografía, construir un sistema de transporte público masivo eficiente, elevar la calidad de los combustibles, vigilar a la industria.

A los anteriores fracasos gubernamentales se pueden añadir otros ejemplos igualmente importantes. El primero que salta a la vista es el de la reforma económica neoliberal: la impotencia de la acción gubernamental ante caída del Producto Interno Bruto (PIB) y el aumento alarmante del desempleo. Entre 1982 y 1995, el

PIB superó al crecimiento demográfico sólo en cinco ocasiones, pero nunca por mucho y en ningún caso el crecimiento se compara con el espectacular decrecimiento del 7% en 1995. Por lo que hace al empleo, y según datos del INEGI, en 1981 la relación de empleo a población era de 32% pero hoy es apenas superior a 25%; es por ello que en vez de haber 29 millones de empleos remunerados hay únicamente 22.5 millones (Macario Schettino, "Números sobre el empleo en México", mimeo., 1996). Según las primeras cifras del PRONASOL, a fines de los ochenta eran 17 millones los mexicanos que vivían en la pobreza absoluta; después de seis años de supuesto ataque gubernamental a la pobreza, la cifra es de 25 millones de personas (*El Financiero*, "Informe Especial", 28 de mayo de 1995). Los datos sobre el aumento de la criminalidad en la Ciudad de México ilustran otro fracaso igualmente contundente de la autoridad: en 1995 el índice de criminalidad aumentó en 35% respecto del año anterior (*Reforma*, 23 de enero). La lista de los indicadores sobre la incapacidad, incompetencia o corrupción del gobierno frente a sus obligaciones puede seguir; ahí están como otros tantos ejemplos la crisis del Seguro Social, la crisis del México rural o la imposibilidad de llegar a un acuerdo definitivo para transitar a la democracia.

Un Mal de Muchos.- La ineficiencia gubernamental no es nada nuevo, lo que sucede es que sus costos son ahora mucho mayores que en el pasado y la capacidad y disposición de la sociedad mexicana para pagarlos es mucho menor. A la incompetencia se le añade el agravio de la promesa incumplida, pues en los ochenta se aseguró que el alto precio de echar por la borda el populismo,

paternalismo y derroche del pasado, sería finalmente más que compensado con el surgimiento de un "Estado fuerte", más pequeño que el anterior, pero con mayor capacidad para cumplir con sus obligaciones frente a la sociedad. Sin embargo, y para ser justos, debe reconocerse que este Estado incompetente en el que hoy vivimos no es algo que sólo ocurra en México. No, con formas e intensidad distintas, ha aparecido en muchas otras partes del planeta. Y este mal de muchos no necesariamente es, como dice el refrán, un consuelo de tontos, sino un problema universal. En efecto, el nuestro no es el único país en donde el Estado, o más bien el gobierno, cada vez es menos capaz de cumplir con sus obligaciones. El problema se presenta hoy lo mismo en Estados Unidos que en Francia, donde la quiebra de los sistemas de seguridad social han producido parálisis y enfrentamientos constantes entre actores políticos y sociales.

La incapacidad y torpeza de un gobierno para enfrentar tanto las situaciones ordinarias como las extraordinarias, se presenta de manera particularmente dramática en la antigua Unión Soviética. Ahí, según un buen número de observadores, el gobierno tal y como se conoce en el resto de Europa, simplemente ya dejó de existir. A la Rusia de hoy, incapaz de resolver pacíficamente sus problemas internos, la controlan una pluralidad de grupos o mafias compuestas por una mezcla de antiguos miembros de la clase dirigente con los nuevos empresarios, que se rigen por reglas no escritas y a los que la legalidad les tiene sin cuidado. En la Rusia de hoy, el conflicto de intereses se arregla lo mismo por la vía del soborno que por la del asesinato. El resultado de esa

casi total impotencia del gobierno para hacer frente a sus múltiples desafíos se ve por todas partes: desempleo, aumento de la pobreza extrema, desmoralización, violencia, corrupción.

El Gran Reto.- Para entender lo que hoy nos sucede a casi todos hay que ir al origen. La Gran Depresión de 1929 y la rápida expansión de las áreas de responsabilidad directa del gobierno en los regímenes totalitarios --primero la URSS, luego Italia y Alemania--, obligó a que los gobiernos de los países capitalistas centrales primero y al resto después, a expandir sus áreas de acción y dar forma al llamado "Estado benefactor". Sin embargo, la burocratización de esos estados y la complejidad del desarrollo económico y tecnológico --de la economía industrial se pasó a la postindustrial y a la sociedad de servicios-- los hizo cada vez más ineficientes e incosteables.

Los sistemas totalitarios de derecha --Alemania e Italia-- desaparecieron en 1945 por la vía de la catástrofe militar y el totalitarismo de izquierda --la URSS-- acabó como resultado de la catástrofe de su economía. Mientras esto último ocurría, el Estado benefactor del mundo capitalista fue demolido por el neoliberalismo, por el retorno a la racionalidad del mercado. Por un momento, el nuevo liberalismo económico --disminuir al mínimo la presencia del gobierno en la vida cotidiana de la sociedad postindustrial-- fue presentado por sus beneficiarios como la única y verdadera solución a los complejos problemas de la sociedad moderna. Finalmente ese no ha sido el caso ni siquiera en los Estados Unidos, donde el gobierno aún no puede resolver el problema del déficit fiscal o el de un sistema de seguridad

social que se acerca al punto de la quiebra. Europa Occidental, por su parte, se enfrenta a un desempleo estructural que la economía de mercado no ha resuelto sino agravado.

La Agenda Mínima.- Aparentemente no hay en el mundo de fin del siglo XX muchos gobiernos que estén a la altura de sus retos. Sin embargo, el caso mexicano pareciera ser relativamente más grave que otros, pues se acerca peligrosamente al de la inutilidad. Nuestro gobierno cobra impuestos --en algunos renglones bastante altos--, sus cuadros dirigentes tienen un buen nivel formal de educación y están muy bien pagados (a sus sueldos hay que agregarles una batería de sobresueldos), pero su corrupción y la acumulación histórica de irresponsabilidades, les impide hoy cumplir con sus obligaciones mínimas, es decir: impartir justicia, proveer de seguridad al ciudadano, educar, organizar con éxito el esfuerzo productivo, apoyar a las clases y grupos marginados por el mercado, velar por los intereses colectivos, defender el interés nacional frente al exterior, etcétera.

Es urgente diseñar una estrategia que sin retornar al "Estado obeso" del pasado supere al "Estado incompetente" de hoy. El tiempo se nos viene encima y el ambiente, literalmente, se ha vuelto irrespirable.